



MARIA CARME ROCA

EN BARCINO

UNA MUJER SINGULAR,
UN PASADO OCULTO,
UN ENEMIGO IMPLACABLE



 Planeta

Maria Carme Roca



En Barcino

Traducción de Josep Escarré

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Maria Carme Roca, 2020

Autora representada por IMC Agència Literària

© Traducción de Josep Escarré, 2020, por la traducción

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U., 2020

© de esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Mapas del interior: © Òscar Sarramia

Iconografía: Grupo Planeta

Primera edición: enero de 2020

Depósito legal: B. 26.789-2019

ISBN: 978-84-08-22172-2

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

ÍNDICE

Mapa Imperio romano. Siglo II. Tiempos de Marco Aurelio	11
Plano Barcino. Siglo II	12
<i>Dramatis personae</i>	13
Los Minicio	17
Unos breves apuntes	19
Introducción. <i>Barcino, 153 d. C.</i>	23

PRIMERA PARTE

DE AMISTAD Y DE COMPAÑÍAS

I. Barcino, 180 d. C.	37
II. Roma, 140 d. C.	42
III. Roma, 145 d. C.	55
IV. Roma - Barcino, 148 d. C.	67
V. Tibur, 152 d. C.	86

SEGUNDA PARTE

DE APRENDIZAJES Y CONFIDENCIAS

VI. Barcino, 154 d. C.	103
VII. Roma, 138 d. C.	107

VIII. Barcino, 181 d. C.	118
IX. Barcino, 169 d. C.	131
X. Roma - Barcino - Leptis Magna, 156 d. C. . .	144

TERCERA PARTE

DE BÚSQUEDAS YDESCUBRIMIENTOS

XI. Roma, 157 d. C.	165
XII. Roma, 135 d. C.	170
XIII. Barcino, 149 d. C.	183
XIV. Barcino, 153 d. C.	195
XV. Municipium Emporiae, 179 d. C.	208

CUARTA PARTE

DE TRIUNFOS YADVERSIDADES

XVI. Barcino, 182 d. C.	225
XVII. Barcino, 161 d. C.	229
XVIII. Roma, 166 -167 d. C.	244
XIX. Ostia, 183 d. C.	256
XX. Barcino, 184 d. C.	269

QUINTA PARTE

DE CONSPIRACIONES YDESPRECIOS

XXI. Barcino, 175 d. C.	281
XXII. Barcino, 159 d. C.	286
XXIII. Baetulo, 185 d. C.	300
XXIV. Tarraco, 171 d. C.	311
XXV. Barcino, 186 d. C.	321

SEXTA PARTE
DE PELIGROS E IMPREVISTOS

XXVI. Barcino, 160 d. C.	333
XXVII. Barcino, 187 d. C.	337
XXVIII. Barcino, 188 d. C.	349
XXIX. Barcino, 189 d. C.	364
XXX. Barcino, 194 d. C.	380
<i>Bibliografía</i>	391
<i>Agradecimientos</i>	393

BARCINO, 180 D. C.

*Minicia Fausta Cornelio Vero S. D.*⁹

Querido Cornelio:

Me has hecho feliz. Muy feliz. No te puedes llegar ni a imaginar cuánto me ha gustado tu envío. Recibir los escritos de nuestro amigo Marco Aurelio ha sido un bálsamo sanador que mitiga un poco su pérdida. Hace casi cinco meses de su muerte, y seguro que a ti te preocupa lo mismo: ¿Qué pasará ahora con el Imperio? ¿Qué hará el necio de su hijo? He tratado poco a Cómodo, pero la primera vez que le vi me bastó para captar que tiene la mirada sucia.

Soy demasiado mayor para que la vida me sorprenda, y más aún con cosas buenas, pero ayer me animé. Me he pasado toda la noche leyendo y releyendo a la luz de una lámpara. Me llena de orgullo que parte de estos pensamientos los hubiera compartido conmigo. Ya hemos hablado de ello en otras ocasiones, ha sido todo un privilegio.

Me hubiera gustado saber vivir como él creía que había que hacerlo, tomarme las cosas como vienen, ya que luchar contra las adversidades que no podemos evitar es absurdo, inútil. «Entrégate voluntariamente a Cloto y permíte que teja tu destino como quiera»,¹⁰ afirmaba siempre. Y cuántas veces me habrás dicho tú

9 *Salutem dicit* (envía saludos).

10. *Meditaciones*, Libro IV, 34.

también lo mismo. No sé si alguna vez te he reconocido, Cornelio, que siempre me has aconsejado sabiamente. A menudo pienso que, en lugar de ser mi primo, parece que seas mi preceptor.

Me contabas en la carta que temes que de la obra de Marco Aurelio se apropien manos indebidas. Estoy completamente de acuerdo contigo, debemos proteger su legado y preservarlo para las generaciones futuras. Me imagino que Cayo Aufidio Victorino¹¹ será uno de los que se ocupará de ello, pero no estará de más que nosotros también lo hagamos.

Hoy mismo hablaré con un librarius de confianza para que mande hacer una copia para mí. Y haré un seguimiento estricto de ella, porque no querría ver su obra malvendida en el foro de Barcino. Ya sabes que hay mucha gente que urde un montón de tejemanajes aprovechándose del trabajo que han realizado los autores. Por supuesto, le indicaré que utilice el mejor material. Quizás me olvide del papyrus y encargue al copista que escriba sobre pergamena, ya que es más consistente y duradero. Esta opción me resultará mucho más cara, pero quizás merece la pena.

En la carta también te interesas por mí, me preguntas cómo me encuentro.

Ya puedes imaginártelo. Vivo con una inquietud constante, temiendo que, cuando menos me lo espere, ocurrirá una desgracia, y sin recursos para poder evitarla. Hace tantos años que convivo con la inquietud... No temo por mí, sabes muy bien que mi obsesión, mi objetivo principal en la vida es preservar la de Lucio, mi hijo, el de verdad, el único que me queda vivo, porque el otro, el que tuve con Teseo, no lo considero hijo mío. Es muy triste constatar que mi enemigo más importante es el ser que un día di a luz. ¿Sabes? El hijo de Teseo ya tiene treinta y dos años.

11. Orador romano, amigo y consejero de Marco Aurelio y yerno de Marco Cornelio Frontón, preceptor y amigo también del emperador.

En otra época pensé que qué más daba que existiese un hijo mío del que había intentado deshacerme, pero el tiempo me ha demostrado que mi padre tenía razón cuando me deseó que los dioses me fueran propicios, que necesitaría su protección, porque ahora, aunque no le conozco, le temo, ha conseguido que le tenga miedo. Teseo se sentiría satisfecho de ello.

*Este engendro, al que aún no he podido conocer personalmente, está totalmente decidido a acabar con la estirpe legítima de los Minicio. Pero no quiere hacerlo enseguida —habría podido deshacerse de mí o de mi hijo, ¡piensa en los años que han pasado!—, porque parte de su objetivo es hacernos vivir con inquietud, en una constante incertidumbre. No hay año en que, durante los días previos a mi aniversario, esté donde esté, no me llegue un *oscillum roto*. He estado atenta y vigilante, ya lo sabes, porque te lo he dicho otras veces, pero nunca he podido pillar a quien me lo trae, por no hablar de quien ordena que me lo envíen.*

Ahora que lo pienso, cuando te hablaba de mandar hacer una copia de los pensamientos de Marco Aurelio, dudo sobre cómo hacerlo, porque en papyrus podría guardar sus escritos enrollados en una preciosa cista¹² de calidad que encargaría ex profeso. Pero me gusta la idea del códice, y por ello es mejor que opte por pergamenaes. ¿Qué te parece? ¿Qué me aconsejas? Me gustaría saber tu opinión.

Y retomando la cuestión que me quita la vida y, al mismo tiempo, la impulsa, Lucio, hasta ahora, no había hecho caso de mis recomendaciones y advertencias; de hecho, ha vivido como si no fuera con él. «¡Qué miedosa te has vuelto, madre!», me ha contestado cada vez que le he aconsejado que vigilara, que había quien conspiraba para destruir a nuestra familia. No me hacía caso, y lo entiendo. Primero, porque cuando eres joven te crees

12. Tipo de cofre, caja.

capaz de comerte el mundo. Y luego, porque una amenaza, unas palabras proféticas y malintencionadas, racionalmente, no deben darte miedo. Ya te dije que se lo conté todo, porque no quería que hubiera ningún malentendido entre nosotros. Cuando callé para intentar proteger a mi padre con mi silencio, solo conseguí su desprecio. Pero de un tiempo a esta parte he notado un pequeño cambio. Lucio me escucha, incluso hablamos de ello, aunque tiene un carácter reservado. Y si ahora lo hace creo que es porque espera un hijo de su mujer, Lavinia, y eso le hace ver el mundo de otra manera. Esta, la de que voy a ser abuela, es una feliz noticia.

En cuanto al asunto de que el hijo de Teseo empeña mi vida, cuento con el apoyo de Lucio Cecilio Optato. ¿Te acuerdas de él, Cornelio? Sí, hablo del centurión que se retiró en Barcino. Ahora, nuestra relación es más de amistad que de amantes, nos hacemos mayores, pero todavía tenemos algún encuentro amoroso lleno de complicidad.

Cecilio (no le llamo Lucio porque asocio demasiado ese nombre a mi padre y a mi hijo) cree haber encontrado una pista después de tantas búsquedas infructuosas. Pero me gustaría contarte todo esto personalmente. Tengo muchas ganas de verte. Iría a Roma con mucho gusto, bien lo sabes, pero me retiene, ya sabes qué me retiene, aparte de que voy a ser abuela. A ver si puedes venir pronto, te echo de menos.

Ya sé que los viajes te dejan agotado, pero aquí podrás recuperarte durante todo el tiempo que quieras. Naciste aquí, Cornelio, Barcino es tu hogar. Aunque ya eras un adulto, mi padre siempre hablaba de ti como el pequeño Cornelio. Y conocerías a mi nieto, porque para cuando vengas ya habrá nacido. Ser abuela me llena de ilusión. Mucha. Pero ya te puedes imaginar también lo que sufro. No sé cuántas veces al día le ruego a Juno para que preserve a mi nuera de cualquier infortunio. Y la de

sacrificios que ya he ofrecido y los que ofreceré en el templo de Augusto.

Vamos, ánimo, ven a Barcino. Y juntos homenajearemos a los seres queridos que ya no están.

«¿Cuántos de los que vinieron al mundo se han ido ya?», como decía Marco Aurelio.¹³ Vale.¹⁴

Minicia

13. *Meditaciones*, Libro VI, 56.

14. Despedida frecuente en las cartas. Del verbo *valeo*, significaría algo así como «cuídate».

II

ROMA, 140 D. C.

De pequeña no había hecho travesuras, no porque fuera buena, sino porque no había tenido ninguna necesidad. Que yo me acuerde, la primera vez que hice una tenía ya doce años. Y la trastada era relativa, porque fue con el consentimiento de la abuela Quadronia. Ella se había desplazado a Roma desde Barcino cuando murió mi madre para apoyarnos a mi padre y a mí.

Mi abuela paterna era muy especial. No era de las que te sentaban en su regazo y te acariciaban o cantaban canciones, pero sabía leerte el alma. Y la mía la leyó.

—¿Qué puedo hacer por ti? —me preguntó como si fuera una persona adulta.

—Quiero pasear por Roma —respondí sin dudar, porque a la primera opción, la de ir a las cuadras y montar a caballo, ya sabía a ciencia cierta que me diría que no.

Yo estaba muy triste, necesitaba hacer algo diferente, y el ofrecimiento de la abuela me daba la oportunidad de cumplir un deseo que hacía tiempo que codiciaba. No resultaba adecuado que la hija de un patricio se paseara por las callejuelas de una ciudad como Roma. Comprendía que en casa me protegieran, pero quería ver con mis propios ojos lo que oía contar a las visitas, a los esclavos. No

me asustaban los aspectos crudos de la vida; sabía que existían, porque ya era lo suficientemente mayor. Cada *domus* es un microcosmos donde se pueden reproducir las grandes maravillas y las terribles desdichas de la vida.

—No quiero visitar templos ni monumentos —especifiqué—, lo que quiero es ver a la gente, las *tabernae*, entrar en una *fullonica*, pasear por la orilla del Tíber, ver la montaña de las ánforas... Mi padre es *curator*...

La abuela me observaba con atención.

—Y tal vez podríamos comprar comida en un *thermopolium* —añadí.

Me iba animando. No tenía freno. Quería ver Roma por dentro y en aquel mismo instante.

—Debo reconocer que tu demanda me ha pillado por sorpresa —dijo la abuela—, pero te prometo que lo pensaré.

Iba a decirle que quería una respuesta inmediata, pero me conformé con la idea de que, por el momento, no me había dicho que no. Temía, sin embargo, que, si se lo pensaba, se negaría.

—Por otra parte —continuó la abuela—, no soy la persona más indicada; ya sabes que yo conozco muy bien Barcino, pero Roma... ¿Se lo has dicho a tu padre?

Me sonrojé. Ya lo creo que se lo había dicho.

—Y te dijo que no, claro —respondió al ver mi expresión.

—Me respondió que ya tendría tiempo... Podemos ir con Glauco —sugerí—. Él conoce todos los rincones de Roma, le he oído contar muchas historias...

—Glauco es un esclavo que tiene toda la confianza de tu padre. ¿Tú crees que permitiría ponerte en algún peligro? ¿O que haría algo contra la voluntad de su amo?

—Si tú se lo pides...

Me callé de golpe. Aquello no había gustado a la abuela, que siempre respetaba a los esclavos, y lo que yo decía ponía a Glauco en un compromiso.

Hubo una vez, sin embargo, en que la abuela no tuvo piedad con un esclavo, una esclava, en este caso. Fue con Lena, la madre de Teseo, que había conspirado claramente contra ella y contra mi padre cuando era pequeño. La abuela no se lo pensó dos veces y ejerció su potestad.

Mi abuelo, cuando mi padre era un niño, había llevado a casa a un pequeño esclavo, Teseo, y a su madre, ya que no le gustaba separar a los padres de los hijos. La idea era que Teseo fuera compañero de juegos y estudios de mi padre, porque en la *domus* solo había niñas, y el abuelo consideraba que a su hijo le hacía falta la compañía de un muchacho. Entonces nadie sabía que, unos años antes, Lena, en Dacia, había sido amante del abuelo y que Teseo era hijo suyo. Cuando me enteré, me estremecí, el agravio se hizo más grande: mi amante y yo éramos tío y sobrina, un parentesco muy cercano. La lástima fue que mi abuela no hizo lo mismo con Teseo; le perdonó la vida, primero porque era un niño y luego —estoy convencida— porque intuía, si es que no lo sabía a ciencia cierta, que aquel niño era hijo de su marido. Y no se atrevió. Toda una vida de disgustos que mi padre y yo nos habríamos ahorrado. Pero ya estaba hecho.

En cuanto a mi demanda, la abuela me dijo que había que hacer las cosas bien hechas.

Ya está, pensé, se lo diré a mi padre y yo me quedaré sin salir.

Me debía leer el pensamiento y no pudo disimular una sonrisa.

—Ya te he dicho que hablaremos de ello —recalcó cogiéndome las manos.

Nos habíamos sentado en mi cama. Antes de acostarse, la abuela había venido a darme las buenas noches. Fue entonces cuando me preguntó qué podía hacer por mí.

La abuela era muy guapa. De su sereno rostro destacaban los ojos de color avellana, grandes y expresivos. Envejecía bien. Contribuía a ello el hecho de que siempre llevaba una ropa impecable, sabía colocarse con mucha destreza las *stolae*, que ceñía con gracia a su fina cintura —¡qué suerte poder conservarla aún!—, y cuando salía, acertaba a cubrirse con cualquier *palla*,¹⁵ que se ponía con mucha elegancia. Pero, sobre todo, tenía una expresión grave, de mujer respetable y noble. Como mi madre, aunque eran muy distintas. De mi madre tengo también muy presentes sus ojos, que he heredado y de los que me siento muy orgullosa, unos ojos que tienen el color del aguamarina. Pero mientras que mi madre era menuda y armoniosa, yo soy de complexión más fuerte. Y tengo el pelo negro y ondulado como mi padre. De él también tengo unos hoyuelos que aparecen en mis mejillas cuando sonrío.

A menudo he pensado que mi vida habría sido otra si mi madre no nos hubiera dejado tan pronto. Hasta entonces, yo no había sufrido ninguna pena, ninguna pena importante, solo pequeños contratiempos propios de una niña mimada. Pero, en unas horas, me hice mayor de golpe.

Ninguno de nosotros podía prever su muerte. Fue un trágico accidente. Hacía dos años que Antonino Pío era

15. Manto rectangular.

emperador cuando en Roma ocurrió una desgracia que acabó con la vida de más de mil personas: parte de la grada del circo Máximo se desplomó. Hacía tiempo que mi padre, que en aquel momento era mantenedor de las obras públicas, advertía que había que hacer reformas en el circo, que las gradas que estaban en lo alto de todo, las que eran de madera, soportaban demasiado peso debido al gentío que las llenaba. Al derrumbarse la grada de arriba, parte de la multitud cayó encima del piso inmediatamente inferior y sepultó a los que había más abajo, aplastando a mi madre.

—Siento mucho la muerte de tu madre, Minicia, mucho —me dijo la abuela cogiéndome las manos con firmeza.

No pude evitar que se me empañaran los ojos.

Ellas no se llevaban precisamente bien, pero se tenían el máximo respeto. La abuela pensaba que mi madre era la mejor esposa para su hijo.

La abuela Quadronia entendía la importancia de perder a una madre, una madre responsable como lo era la mía, que hubiera sido una muerte accidental, algo que no puedes prever como una enfermedad.

Con los años me he alegrado por ella. Murió repentinamente, sin tener tiempo de sufrir.

El circo Máximo fue su verdugo. Y en cierto modo el mío, porque a pesar de que he pasado muy buenos ratos viendo y vitoreando las carreras de cuadrigas, también enterré allí mi dignidad.

Mi madre, hija del ilustre Lucio Licinio Sura, el otro abuelo al que tampoco conocí, fue enterrada en una necrópolis junto a la Vía Augusta y cerca de Tarraco, la tierra donde había nacido. Y mi otra abuela, que por suerte perdió el juicio, murió poco tiempo después; no debía

soportar la pérdida de la hija, la única que le quedaba con vida.

Al cabo de unos días que se me hicieron eternos, llegó lo que tanto esperaba: que me permitieran vagar por Roma.

—Te has salido con la tuya, Minicia —me anunció la abuela—, se cumplirá tu deseo. —Yo habría salido de casa en ese momento, pero la abuela frenó mi entusiasmo—. No te precipites; esta salida debe prepararse.

Me condujo a su cuarto y allí, ayudada por Delia, una esclava algo tonta pero muy obediente, me obligaron a ponerme una túnica harapienta y sucia.

—No te irás a echar atrás ahora —dijo la abuela con cierta socarronería al ver mis muecas de asco.

Me apresuré a decir que no mientras me miraba las piernas, que habían quedado al descubierto. Aquella túnica era más corta, propia de una esclava.

Delia me ensució la cara y parte del pelo y del cuerpo con manchas de barro. Y se entretuvo en pegarme en el rostro, el cuello, la nuca, los brazos y las piernas..., todo lo que me quedaba al descubierto, unas pequeñas bolas hechas de una pasta pegajosa que iba aplastando un poco con la mano.

—Solo es sangre de cerdo mezclada con harina y resina —me advirtió la abuela—. La idea es que parezca un grano muy purulento para que a nadie le apetezca acercarse a ti.

Me empezó a picar todo el cuerpo. No comprendía aún la necesidad de todo aquel proceso que me mortificaba: dudaba de si la abuela me estaba haciendo pagar una especie de prenda por mi osadía.

—Aunque solo eres una jovencita —añadió la abuela

para acabar de convencerme—, eres lo bastante valiosa como para que, si te raptan, te conviertan en una prostituta. No podemos correr ningún riesgo.

La abuela Quadronia era directa, no se perdía en sutilezas.

Me deshicieron el bonito rodete en el que llevaba recogido el pelo y Delia me lo untó con aceite para que me quedara muy mugriento, como si nunca me lo hubiera lavado, y me metieron las manos en una palangana llena de un líquido negro como la noche.

—No te preocupes, solo es tinta de calamar.

Me miré las manos: tenía las uñas negras.

Y lo más sorprendente de todo fue que la abuela cambió su aspecto siempre tan impecable por el de una mujer sucia y miserable; ella también metió las manos dentro de la palangana. Tardé un tiempo en comprender el sacrificio que hacía por mí.

—Nadie hace caso de una esclava vieja ni de una muchacha tiñosa —dijo con picardía.

De este modo, acompañadas por Glauco, que también se había empleado a fondo en descuidar su aspecto, salimos de nuestra privilegiada residencia de la colina Celio y nos dispusimos a recorrer el Aventino, el barrio más popular y cosmopolita de Roma.

Me detenía a cada paso, todo me llamaba la atención.

Bordear el río Tíber era todo un espectáculo que no se correspondía con lo que decía Virgilio, que era el río que más amaban los cielos. No, porque, en todo caso, eran los infiernos los que se habían adueñado de él.

Un griterío me hizo parar en seco y agarrar con fuerza la mano de la abuela.

Un grupo de *vigiles urbanae*¹⁶ arrastraban a un hombre por el suelo. Me estremecí al darme cuenta de que tiraban de él con un gancho; solo era un bulto sangriento.

—Es un criminal que ha sido condenado —explicó Glauco con solemnidad—. Lo arrojarán al Tíber. Antes, su cadáver debe haber sido expuesto en las *Scalae Gemoniae* después de haber sido ejecutado.

Me tranquilizó un poco pensar que ya estaba muerto. Pero, aunque con el tiempo se ha ido diluyendo, nunca he podido borrar del todo esa imagen de mi memoria. Ya menudo me he preguntado cuántos esqueletos habrá en el fondo del río.

Seguro que para distraerme de aquella macabra escena la abuela me indicó que me fijara en los productos que había expuestos en una taberna. Un montón de especias coloreadas y aromáticas distribuidas en pequeñas cajas se ofrecían a mis ojos. Pero la contemplación duró poco, porque en cuanto nos vio el dueño del establecimiento nos abucheó.

—¡Fuera de aquí, miserables!

Me asusté y me enfurecí al mismo tiempo; no era posible que nos insultaran de aquella manera. Por otra parte, pensé que nuestros disfraces eran bastante creíbles.

La abuela me tiró de la mano para apartarme y tuvimos que apresurar el paso mientras escuchábamos las explicaciones de Glauco, que disfrutaba de haberse convertido en nuestro guía.

—El Aventino es la más meridional de las siete colinas

16. Las tareas de seguridad y policía en el interior de la ciudad de Roma eran ejercidas por las *Cohors Urbana* y los *Vigiles Urbanae*, que se encargaban de perseguir a los ladrones y a los malhechores.

que hay en Roma. El Tíber fluye a lo largo de su flanco occidental, y al norte se encuentra el viejo mercado de ganado, presidido al este por el Capitolino. Hay muchos templos dedicados a divinidades extranjeras, si dejamos de lado el que está dedicado a la diosa Ceres.

—Es la parte de la ciudad que más gusta a la plebe —añadió la abuela—. Incluso en dos ocasiones, el Aventino se separó de la ciudad porque estaba en desacuerdo con los gobernantes.

—Muchos mercaderes —continuó Glauco— se han instalado allí atraídos por las vistas panorámicas y la proximidad de los muelles.

—Iremos a la montaña de las ánforas, ¿verdad? —pregunté excitada e inquieta, pensando que quizás se fueran a echar atrás.

Tras recibir la aprobación de la abuela, Glauco contestó que sí, que iríamos al Mons Testaceus.

Me hacía mucha ilusión ver con mis propios ojos aquel monte triangular hecho a base de ir apilando ánforas. Me interesaba, sobre todo, porque mi padre estaba implicado en él como *curator*. Un día se lo oí contar: al lado del Emporium, el antiguo puerto fluvial de Roma, fuera de las murallas servianas, en la orilla izquierda del Tíber, se descargaban ánforas. Tantas que sus restos habían llegado a convertirse en una pequeña colina¹⁷ artificial.

Me impresionó aquella montaña levantada a fuerza de ir creando terrazas y muros de contención, hechos también con restos de ánforas.

17. En ese momento, constituía la primera fase de las terrazas con que cuenta. Tendría unos 40 pies de altura, unos 12 metros. Solo es, sin embargo, un cálculo aproximado.

—¿Y por qué se rompen tantas? —pregunté pensando que era una lástima.

—No es que se rompan —respondió Glauco risueño—, es que las rompen, porque ya no se pueden aprovechar.

—¿Ah, no?

—No, porque la mayoría han transportado aceite de oliva. Para poder volver a usarlas habría que lavarlas y no sería rentable.

Me quedaba embobada con todas las explicaciones que iba dando Glauco, que si el aceite lo traían todo de la Bética, donde se hacía el mejor aceite del mundo; que si cuando se habían vaciado las ánforas y se rompían, una vez colocadas, se les echaba cal encima para que no olieran mal...

—¿Cómo es que Glauco sabe tantas cosas? —le pregunté a la abuela aprovechando un momento en que el esclavo estaba distraído.

—Porque observa y escucha, no hay mejor maestro que este. Y también porque es muy curioso —respondió ella sonriente mientras buscaba con la mirada un lugar donde poder sentarse.

Le indiqué un poyete que debía haber formado parte de un pedestal honorífico y enseguida tomó posesión de él. Se la veía cansada.

—Deberíamos volver, la señora debe estar cansada —dijo Glauco con toda la sensatez del mundo—. Diomedes no me perdonaría que un exceso de fatiga perjudicara su salud.

Diomedes era nuestro médico. Bueno, era el de la abuela Quadronia, y siempre la acompañaba allá donde fuera. Era él quien la acompañó a Roma desde Barcino cuando murió mi madre. Más que un esclavo, era un miembro más de la familia. Como Glauco o Thadea, que, en este caso, re-

sidía en la *domus* de Barcino. Por supuesto, Diomedes no fue avisado de nuestra aventura, porque seguro que no la habría permitido.

Había llegado el momento que tanto temía, el de volver a casa. Y eso que tenía llagas en los pies. Se me habían clavado las tiras de las andrajosas *solae*¹⁸ que me habían obligado a calzar. Y los tenía fríos, helados, aunque faltaba mucho para que llegara el invierno.

Durante el camino de vuelta, y con plena resignación, fui saboreando y captando todo lo que me rodeaba. Mis sentidos no daban abasto. Colores, ruidos, aromas y sobre todo hedores —a veces, la pestilencia que despiden Roma es insoportable— se iban amontonando en la memoria. De todos ellos, el mejor recuerdo que conservo es el de la luz que ofrecía la ciudad aquel atardecer, la imagen de los pinos altísimos y delgados, pero de amplia copa, que se recortaban en un cielo que cambiaba el azul por el violeta.

Inevitablemente, pasamos por el templo dedicado al emperador Claudio, el templo que hizo construir Agripina *minor*, su última esposa y con toda probabilidad su asesina. A la abuela no le gustaba nada aquel templo. Con el tiempo supe el motivo. Es lo que ocurre con el pensamiento, que de una cosa pasas a otra. A la abuela el templo de Claudio le recordaba a una esposa anterior del emperador, Mesalina. Y si se acordaba de ella era porque su muerte le evocaba la de su hija, Vera, la hermana de mi padre, a quien no tuve oportunidad de conocer. Como la emperatriz Mesalina, la tía Vera se vio obligada a suicidarse debido a su comportamiento indecente y lujurioso. La abuela nunca hablaba, o muy poco, de su hija, de quien se avergonzaba. Mi

18. Sandalias.

padre también evitaba hacerlo. Incluso Cornelio, mi primo, tampoco hablaba de su madre. Deduzco que su recuerdo les dolía. Pero esto hacía que aumentara mi curiosidad. Recopilando información aquí y allí, me enteré de que se había suicidado porque no soportaba la existencia que le había tocado vivir, se rebelaba contra unas normas que la sociedad le imponía. Era un alma libre que no supo gestionar sus circunstancias ni aceptar al marido con quien la habían obligado a casarse. La abuela decía que era rebelde. Y yo la admiraba en secreto. Pero eso me ocurría de muy joven, cuando solo me quedaba con lo superficial.

El azar quiso que nos cruzáramos con una boda. Sabía cómo era la ceremonia, pero nunca había visto la parte en que la novia salía de casa, mejor dicho, cuando la sacaban fingiendo que la secuestraban.

—Es en recuerdo del rapto de las sabinas —explicó la abuela.

No me gustaba. Consideraba, de hecho considero, que eso es innecesario. Es cosa mía, ya sé que solo es una costumbre, pero creo que es humillante para la novia. Como tantos otros agravios que sufrimos las mujeres.

Entonces, cuando era jovencita, no pensaba, vaya cosas se me pasaban por la cabeza, que eso de casarse implicaba tener un marido al lado, un hombre que en principio era un desconocido y que seguro que querría imponer su voluntad como el macho que era. Primero un padre, después un marido.

De regreso, la abuela me sorprendió con una información que me alarmó.

—Ya tienes doce años, Minicia; habrá que ir preparando tu matrimonio.

No, no, no. No me hacía ninguna falta un marido.

Esto, sin embargo, era lo que pensaba entonces, porque unos años más tarde, cuando me casé, consideré que sí, que me sería de utilidad.

Aquel cambio de actitud es lo que a menudo me ha hecho pensar que parte de mi naturaleza era como la de la tía Vera, aunque las circunstancias de mi rebeldía eran diferentes.

Al llegar a casa, en el umbral de la puerta, la abuela se detuvo y, mirándome a los ojos, me dijo que sí, que me lo prometía, que velaría para encontrar el mejor marido para mí.